

**Nacionalismos en tiempos de COVID. Crónica de un
experimento docente e investigativo**

Rodrigo Escribano Roca

Los ensayos que siguen no reflexionan sobre la relación entre el Coronavirus y el fenómeno del nacionalismo. Tampoco abordan la cuestión fundamental de si las generaciones que hoy cursan estudios universitarios serán las artífices (o no) de una edad posnacional. El nacionalismo contemporáneo, en muchas de sus expresiones y problemáticas anexas, es el objeto común que ocupa los artículos que siguen. Por el contrario, tanto el Coronavirus como el futuro incierto de la juventud universitaria que lo ha sufrido, más que el objeto, son el trasfondo mismo de estos trabajos: han sido el telón de fondo que ha acompañado y condicionado su realización.

Los autores son todos estudiantes que cursaron la asignatura de “Naciones y Nacionalismos en el mundo contemporáneo” que oferta el Departamento de Historia y ciencias sociales de la Universidad Adolfo Ibáñez. Yo tuve el honor de ser su profesor. Nuestra primera clase fue el 13 de marzo de 2020. Nos reunimos, por primera y última vez, en un aula desde la cual creo recordar que se contemplaban las lomas y las playas de Viña del Mar. Aquel día, libres aún de la fastidiosa distancia que reside en todas las pantallas, pudimos hablar de la ubicuidad de las identidades nacionales en nuestro tiempo, de la globalización, del trilema de Rodrik y de la irrupción meteórica de los nativismos de todos signo a lo largo y ancho del globo. Emocionados ante la posibilidad de vislumbrar el futuro de los Estados nacionales en un planeta cada vez más interconectado, más movedido y más aparentemente sediento de universalismos, nos conjuramos para emprender un viaje de ida y vuelta al origen del fenómeno nacionalista.

No nos imaginábamos que, solo dos días después, el gobierno de Chile decretaría el fin de la presencialidad en los centros de enseñanza. Comenzaba para nosotros (como para muchos otros) un tiempo plomizo y heroico, de clases virtuales, aislamientos obligados y muchas incertidumbres. Sin embargo, algo muy interesante sucedía ante nuestros ojos: los nacionalismos que nos habíamos propuesto estudiar cobraban (como tantas veces en los últimos 200 años) nueva vida. Ante una pandemia que se desperdigaba por los canales abiertos por el mercado mundial, cada Estado nación siguió planteando la guerra en solitario. Las organizaciones internacionales, dependientes de fortunas estatales y privadas, y siempre parcas en presupuestos, se veían reducidas (de nuevo) a benignos avisadores desprovistos de poder de acción. Las esperanzas de los ciudadanos se enfocaron, como no podía ser de otro modo, en los gobiernos y las administraciones nacionales (escortados por sus ramificaciones regionales y locales), que seguían siendo las únicas instancias que podían poner a funcionar unos sistemas sanitarios que, cómo no, se nutrían de las maltrechas arcas nacionales.

De hecho, los líderes políticos y los medios de comunicación no tardaron en acudir a las tablas salvíficas del lenguaje nacionalista, securitizando la crisis, poniéndole al virus apellidos extranjeros y apelando a la solidaridad de la comunidad nacional. Las



narrativas patrióticas que se vertían por todos los conductos digitales, periodísticos y televisivos se unían al cierre de fronteras para demostrar que, ante la incertidumbre extrema, el nacionalismo sigue siendo el imaginario preferido por las sociedades contemporáneas para construir expectativas de felicidad y salvación colectiva.

Este contexto no podía ser más fructífero para una asignatura que, desde el principio, se planteó como una reflexión compartida, transnacional e interdisciplinar. Teníamos buenas herramientas para emprender esta tarea. La Facultad de Artes Liberales de la Universidad Adolfo Ibáñez (UAI), a través de su programa CORE, había dispuesto que un grupo de estudiantes de psicología, economía, derecho, periodismo e ingeniería tuviesen la obligación de formarse en materias humanísticas. ¿El objetivo? Que sus respectivos itinerarios disciplinares se vieran enriquecidos con un conocimiento profundo de los códigos, las normas, las relaciones de poder y las tradiciones que le dan forma al mundo en que vivimos. Yo mismo, como profesor, tenía la suerte de haberme formado en el Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos (IELAT), que profesa una filosofía muy similar. Estos resortes institucionales nos permitieron partir de una idea muy clara: el objetivo no era sub-especializar a nadie, ni darle un complemento pintoresco a su formación disciplinar. El objetivo era contribuir a que los estudiantes salidos de la universidad fuesen ciudadanos y profesionales capaces de hacer interpretaciones profundas de la realidad compleja, cambiante e incierta a la que serían arrojados. El objetivo, por tanto, era contribuir a la formación de personas capaces de cambiar el mundo para mejor desde la empresa, la administración o la academia.

A esta tarea nos dedicamos con pasión en medio de una sucesión de encierros domésticos, dificultades personales y miedos varios. Juntos interrogamos las razones profundas de los Trumps, los Bolsonaros y Modhis; desgranamos las palabras incendiadas de los Garibaldis, los Lincolns y los Maos; examinamos la dialéctica interminable entre la unicidad y la diversidad, con sus consiguientes fracturas raciales, religiosas e identitarias. En definitiva, nos sumergimos en el proceloso océano de héroes, doctrinas, relatos, mitos y ritos que le dieron y le dan forma al nacionalismo. Fuimos promiscuos y prolijos en las herramientas empleadas. Inspeccionamos las más recientes contribuciones bibliográficas en torno a los procesos de nacionalización, territorialización y construcción identitaria que componían el tuétano de la asignatura. Encontramos en la red una abundancia inédita de fuentes primarias y secundarias de todo tipo: artículos, ensayos, constituciones, leyes, música, videojuegos, series animadas, recetarios, shows deportivos, etc. El séptimo arte ocupó un lugar especial, y pudimos transitar de los Melting Pot redentores de Clint Eastwood, a las carnicerías interraciales de Tarantino, pasando por las tragedias ecológicas de Miyazaki y las juventudes galvanizadas de Dennis Gansel.

En este contexto, cada cuál escribió un ensayo. Todo sobre una nueva premisa: ninguno de los concurrentes a la asignatura debía dedicarse a un mero ejercicio de copia-pegar, ni de parafraseo de autores consagrados. Debían elegir un problema relacionado con las temáticas de la asignatura. Un problema que les interpelase intelectualmente y que les apasionase. Tras ello, debían definir una preguntas válidas, un objeto de estudio



concreto y unas fuentes primarias y secundarias valiosas. En principio, no había fronteras espaciales, cronológicas o temáticas. Cada uno desarrollaría su tema y lo pondría en común con los contenidos de las clases. El resultado no pudo ser más satisfactorio. Construimos un verdadero laboratorio de investigación, en el que un conjunto de estudiantes abordaron sin complejos fuentes de todo tipo para escribir ensayos que responden perfectamente a los paradigmas y preocupaciones del prolijo campo de estudio que aborda a las naciones y los nacionalismos. Todo ello a partir de una pluralidad importante de enfoques disciplinares y de preocupaciones individuales. Todo ello en un contexto digital y participativo.

El resultado es esta humilde pero importante compilación de diez artículos divididos en tres bloques. En el primero, titulado “Enfoques políticos: nacionalpopulismos, exclusiones y resistencias”, Felipe Cartagena Pérez nos acerca a los discursos retrotópicos empleados por Boris Johnson para cimentar sus proyectos nativistas. Ignacio Fernández Cuadra, por su parte, realiza una reflexión muy documentada en torno a la posible clasificación del chavismo como fenómeno nacionalpopulista, atendiendo a la terminología de Eatwell y Goodwin. Por último, Fernanda de la Fuente Quezada, nos acerca con enorme rigor al fenómeno del Apartheid, estudiando como incidieron los imaginarios nacionalistas del NP y el ANC en el destino de Sudáfrica.

Estos artículos dan paso al segundo bloque “Enfoques míticos: héroes, antielitismo y sueños nacionales”. Este apartado se abre con la sugerente reflexión de Carlos Santelices en torno a la figura del superhéroe como icono esencial en la modelación de las ideas políticas de las modernas sociedades de masas. Le sigue Camila Almonacid de la Cruz, con un estudio original y muy documentado en torno a los mitos antielitistas que subyacen en las representaciones de la nación española socializadas por la exitosa serie La Casa de Papel. A continuación Rodrigo Mojica Rico se atreve con un refrescante análisis en torno al papel del bushido en las narrativas de nación de dos animes japoneses ideológicamente dispares: One Piece y Naruto. Finalmente, Geraldine Rivas Gutiérrez nos complace con un estudio, no exento de talento narrativo, en torno a la representación del sueño americano en la película El gran Gatsby. Rivas explora la imbricación de esta con el contexto de su estreno durante la administración Obama y con la larga historia de mitologizaciones en torno a la excepcionalidad estadounidense.

El último bloque se denomina “Identidades en tránsito, nacionalismo comercial, y psiquismo”. Lo inaugura un ensayo excepcionalmente valioso: Marcelo Barria Ringele entrevistó a un exiliado chileno de tiempos de la dictadura, para explorar el entramado narrativo que operaba en sus identificaciones nacionalistas y para mapear los procesos de nacionalización que configuraron. Este da paso a un trabajo no menos interesante e innovador: Carla Díaz Alegría se arroja a aportar un caso muy valioso a las novísimas teorizaciones sobre el nacionalismo comercial, analizando como los servicios exteriores de Corea del Sur instrumentalizan el repositorio simbólico de los imaginarios nacionales para favorecer la competición de su sector turístico en el mercado mundial. Por último, tenemos la muy relevante reflexión de Tomás Wellmann Navarrete, que se atreve ni más ni menos que a hacer una aportación de mucho interés al polémico campo de las teorías del nacionalismo. A tal efecto, aplica sus conocimientos disciplinares y la



exégesis bíblica para defender que el nacionalismo es un fenómeno arraigado en la psicología social primaria de las comunidades humanas, ofreciendo una vía que problematiza las aproximaciones del primordialismo y el modernismo.

Estos son los trabajos que componen el presente dossier. Son el fruto del esfuerzo de un grupo de estudiantes que, a fuerza de mérito y de inteligencia, han iniciado su camino como investigadores sociales. Todo ello en el contexto de una profunda crisis. Es sabido que las crisis civilizatorias, tradicionalmente asociadas con la mácula de la destrucción indiscriminada, ostentan también la paternidad de muchos pensamientos sublimes. Pareciera que ante el espectáculo de los imperios colapsados, las dinastías extintas, los altares derruidos y las calles incendiadas, la imaginación humana tiende a resistirse a la llamada del caos y es capaz de perfilar horizontes políticos, económicos y simbólicos que, inesperadamente, se convierten en semilla de nuevos órdenes y de renacimientos insospechados. Esto lo sabían muy bien sujetos como Rousseau, Siéyes, Andrés Bello, Jefferson, Fichte, Agustín Argüelles, Macaulay, Okakura Kakuzō o Jawaharlal Nehru. Todos estos padres de nacionalismos fueron testigos y actores del derrumbe de sus respectivos universos sociopolíticos. Sus proyectos de nación vieron la luz como proyectos adánicos, que pretendieron instituir nuevas formas de legitimidad y de convivencia en un mundo cambiante. Confiamos que los pensamientos contenidos en este dossier permitan esclarecer las claves de aquellos proyectos que hoy día están en crisis y a imaginar, a su vez, nuevos horizontes de pertenencia, de prosperidad y de convivencia.

